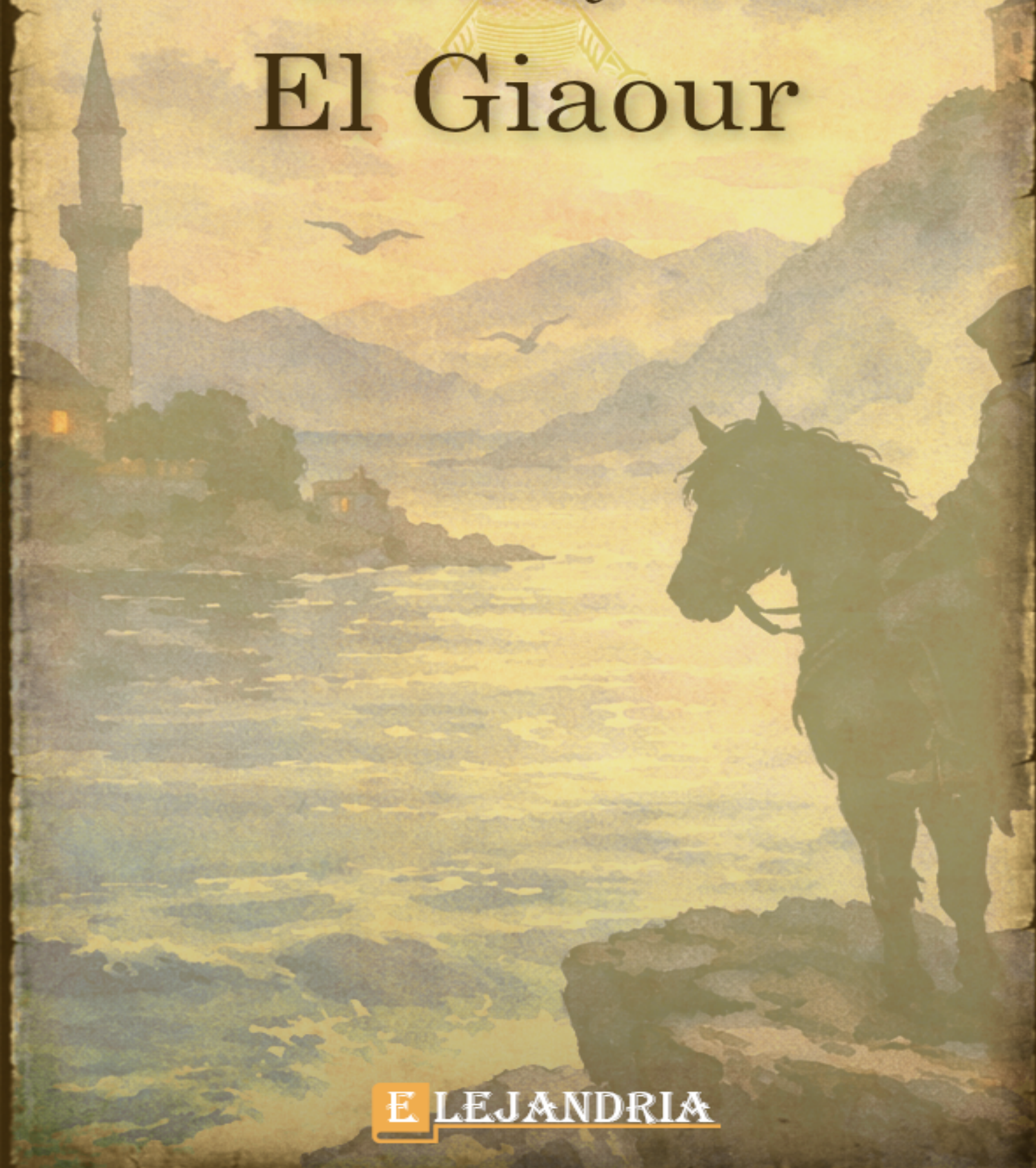
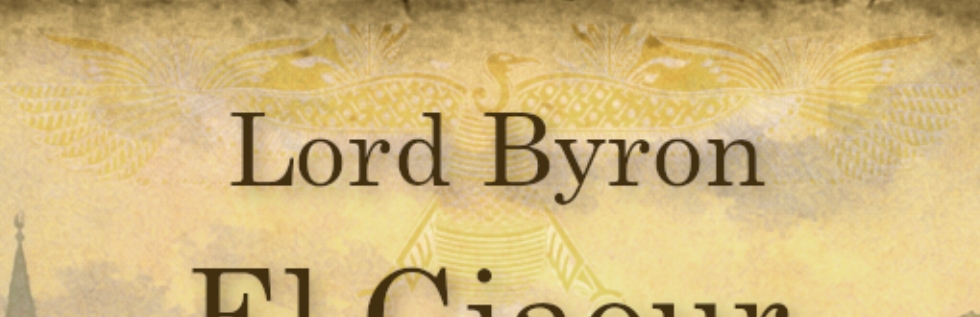


Lord Byron
El Giaour



E LEJANDRIA



Lord Byron
El Giaour



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL GIAOUR

LORD BYRON

PUBLICADO: 1813

FUENTE: [HTTPS://EN.WIKISOURCE.ORG](https://en.wikisource.org)

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA.COM

EDICIÓN ORIGINAL: JOHN MURRAY, LONDRES, 1813

EL GIAOUR

FRAGMENTO DE UN CUENTO TURCO

La historia que presentan estos fragmentos inconexos está fundada en circunstancias hoy menos comunes en Oriente que en otro tiempo; bien porque las damas sean más circunspectas que «en los tiempos antiguos», bien porque los cristianos tengan mejor fortuna o menor arrojo.

* * * * *

Sin soplo de aire que rompa la ola
que rueda al pie de la tumba del ateniense,
ese sepulcro¹ que, reluciente sobre el acantilado,
saluda primero a la barca que vira hacia el hogar,
erguido sobre la tierra que salvó en vano—
¿Cuándo volverá a vivir semejante héroe?

* * * * *

Lejos, oscura, surcando el mar azul,

las sombras de las rocas que avanzan
se yerguen ante los ojos del pescador como embarcación
de pirata isleño o de mainota;
y temeroso por su ligera caique
esquiva la ensenada próxima pero dudosa,
aunque rendido y fatigado de su labor,
y cargado con su presa de escamas,
lenta mas firmemente empuja el remo,
hasta que la orilla más segura del puerto Leone
lo acoge a la luz adorable
que mejor conviene a una noche de Oriente.

* * * * *

¿Quién avanza retumbante en el más negro corcel?
Con brida suelta y casco veloz,
bajo el son del hierro que repica,
los ecos de las cavernas despiertan en torno
en golpe por golpe y brinco por brinco;
la espuma que surca el flanco del corcel
parece arrancada de la marea:
aunque las olas cansadas se han rendido al reposo,
ningún reposo hay en el pecho de su jinete,
y aunque mañana la tempestad amenace,
es más serena que tu corazón, joven Giaour².
No te conozco, aborrezco tu raza,
mas en tus facciones adivino

lo que el tiempo acentuará sin borrar;
aunque joven y pálido, esa frente ceñuda
está marcada por el furor de la pasión ardiente,
aunque baja al suelo tu ojo maligno
cuando pasas deslizándote como un meteoro,
bien te veo, y te juzgo uno
a quien los hijos de Otomán deben matar o esquivar.

* * * * *

La hora ha pasado, el Giaour se ha ido,
mas no huyó ni cayó solo;
¡ay de la hora en que vino o partió,
pues la maldición por el pecado de Hassan fue enviada
para convertir un palacio en tumba!
Vino, partió, como el simún³,
ese heraldo del destino y la sombra
bajo cuyo aliento de vasta destrucción
hasta el ciprés se dobla hasta morir—
árbol oscuro, siempre triste cuando el duelo ajeno ha cesado,
¡el único llorante constante sobre los muertos!

* * * * *

Oigo el sonido de pasos que se acercan,
mas ninguna voz saluda mi oído—
Más cerca—puedo distinguir cada turbante,
y cada ataghán⁴ de vaina plateada;
el primero de la banda se distingue

por su vestidura verde de Emir⁵:

—¿Eh! ¿Quién eres tú? —Este humilde salaam⁶
responde: soy de fe musulmana.

—La carga que con tanto cuidado portáis
parece reclamar vuestra mayor diligencia,
y sin duda encierra un precioso fardo;
mi humilde barca esperarí­a de buen grado.

—Dices verdad; desamarra tu esquite
y llévanos desde la silenciosa orilla;
no, deja aún la vela recogida y maneja
el remo más próximo que encuentres a mano,
y hasta la mitad hacia esas rocas donde duermen
las aguas oscuras y profundas del canal.—
Descansad de vuestra tarea—así—bien hecho,
nuestra derrota ha sido rápida y certera;
y sin embargo es el viaje más largo, creo,
que uno jamás...

* * * * *

Hosco se hundió, y lentamente se fue a pique;
la ola tranquila rizada hasta la orilla;
lo observé mientras se hundía; me pareció
que algún movimiento de la corriente atrapado
lo agitaba más—no era sino el rayo
que bordaba sobre el vivo caudal—
lo contemplé hasta que, desvaneciéndose a la vista,

como un guijarro que mengua se retiró;
cada vez más pequeño, una mota de blancura
que enjoyó la marea y luego burló la mirada;
y todos sus secretos ocultos duermen,
conocidos solo por los genios de las profundidades,
que, temblando en sus cuevas de coral,
no se atreven a susurrarlos a las olas.

* * * * *

Como elevándose en su ala purpúrea
la reina de los insectos⁷ de la primavera oriental,
sobre los prados esmeraldas de Cachemira
invita al joven cazador a acercarse,
y lo conduce de flor en flor
en una persecución cansada y una hora perdida,
luego lo abandona al elevarse hacia lo alto
con el corazón jadeante y el ojo lleno de lágrimas:
así la Belleza atrae al niño ya crecido
con color tan brillante y ala tan volátil;
una caza de vanas esperanzas y temores,
comenzada en la locura, concluida en el llanto.
Si alcanzada, a iguales males traicionada,
¡ay aguarda al insecto y a la doncella!
Una vida de dolor, la pérdida de la paz,
desde el juego del niño y el capricho del hombre:
el adorable juguete tan ardientemente buscado

ha perdido su encanto al ser atrapado,
pues cada contacto que rogó su quietud
le ha borrado los más brillantes colores,
hasta que encanto, color y hermosura, desaparecidos,
la dejan volar o caer sola.

Con ala herida o pecho sangrante,
¡ay! ¿dónde encontrará reposo una u otra víctima?

¿Puede esta con el ala marchita elevarse
de rosa en tulipán como antes?

¿O la Belleza, ajada en una hora,
hallará gozo en su glorieta quebrantada?

No: los insectos más alegres que revolotean
nunca abaten el ala sobre los que mueren,
y las cosas más hermosas han mostrado piedad
por toda debilidad que no sea la suya propia,
y todo dolor puede reclamar una lágrima
salvo la vergüenza de una hermana extraviada.

* * * * *

La mente que se abisma en culpables tormentos
es como el Escorpión rodeado de fuego,
en un círculo que se estrecha a medida que arde,
las llamas en torno a su cautivo se cierran,
hasta que abrasada por mil agonías
y enloquecida en su furor,
un solo y triste alivio conoce,

el aguijón que alimentó para sus enemigos,
cuyo veneno jamás fue vano,
da un solo dolor y cura todo sufrimiento,
y se clava en su desesperado cerebro.—
Así se apagan los oscuros de alma,
o viven como el Escorpión rodeado de fuego⁸;
así se retuerce la mente desgarrada por la conciencia,
indigna de la tierra, no destinada al cielo,
ioscuridad arriba, desesperación abajo,
alrededor la llama, dentro la muerte!—

* * * * *

El negro Hassan ha huido del harén,
sin volver los ojos al rostro de mujer,
la caza insólita ocupa cada hora,
mas no comparte las alegrías del cazador.
No solía Hassan huir así
cuando Leila moraba en su serrallo.
¿Acaso Leila no mora ya en él?
Solo Hassan puede decir esa historia:
extraños rumores corren por nuestra ciudad
de que aquella tarde ella huyó;
cuando el último sol del Ramadán⁹ se puso
y destellando desde cada minarete
millones de lámparas proclamaron la fiesta
del Bairam por todo el vasto Oriente.

Fue entonces cuando salió como a los baños,
que Hassan buscó en vano con furor,
mas ella había huido de la cólera de su amo
bajo el disfraz de un paje georgiano;
y lejos del poder del musulmán
lo había deshonrado con el pérfido Giaour.
Algo de esto había sospechado Hassan,
mas ella parecía tan fiel, tan hermosa,
que confió demasiado en el esclavo
cuya traición merecía una tumba:
y aquella tarde había ido a la mezquita
y de allí a banquetear en su quiosco.
Tal es la historia que cuentan sus nubios,
que no vigilaron bien a su cargo;
mas otros dicen que aquella noche,
a la trémula luz de Fíngari¹⁰ la pálida,
el Giaour en su corcel negro como el azabache
fue visto—mas visto galopando solo
con la espuela ensangrentada a lo largo de la orilla,
sin llevar tras él ni doncella ni paje.

* * * * *

El oscuro encanto de su ojo sería vano describir,
mas fija la vista en el de la Gacela,
te ayudará bien tu fantasía,
tan grande, tan languidamente oscuro,

mas del Alma brotaba un destello en cada chispa
que asomaba bajo su párpado,
brillante como la gema de Giamschid¹¹.
Sí, Alma, y aunque nuestro profeta dijera
que aquella forma no era sino arcilla que respira,
¡por Alá que yo respondería que no;
aunque estuviese en el arco de Al-Sirat¹²
que tiembla sobre el río de fuego,
con el Paraíso a la vista
y todas sus huríes haciéndome señas!
¡Oh! ¿quién podría leer la mirada de la joven Leila
y conservar esa parte de su credo¹³
que dice que la mujer es solo polvo,
juguete sin alma para el capricho del tirano?
Sobre ella podrían posar los ojos los muftíes y reconocer
que a través de ellos brillaba lo Inmortal—
en la inextinguible frescura de su mejilla hermosa,
los brotes de la joven granada¹⁴ esparcen
sus flores en rubores siempre nuevos—
su cabello en flujo de jacinto¹⁵,
cuando se dejaba caer en ondas sueltas;
cuando en el salón entre sus doncellas
se alzaba superior a todas ellas,
había barrido el mármol donde sus pies
relucían más blancos que la nieve de la montaña

antes de que, caída de la nube que la engendró,
tocase tierra y cogiera una sola mancha.

* * * * *

El severo Hassan ha emprendido un viaje
con veinte vasallos en su séquito,
cada uno armado como mejor conviene a un hombre
con arcabuz y ataghán;
el caudillo al frente, como ataviado para la guerra,
lleva en el cinto la cimitarra
manchada con la mejor sangre arnaut
cuando en el desfiladero los rebeldes se plantaron,
y pocos regresaron para contar la historia
de lo acaecido en el valle de Parne.

Las pistolas que su cintura ceñían
habían sido las de un pachá,
que aún, aunque enjoyadas y con herrajes de oro,
hacen temblar hasta a los bandidos.—

Se dice que va a cortejar a una novia
más fiel que aquella que abandonó su lado;
la esclava pérfida que rompió su encierro,
iy peor que pérfida, por un Giaour!—

* * * * *

Los últimos rayos del sol están en la colina
y destellan en el hilo de la fuente,
cuyas aguas bienhechoras, frescas y claras,

arrancan bendiciones al montañés;
aquí puede el mercader griego que se demora
encontrar el reposo que en vano buscaría
en ciudades alojadas demasiado cerca de su señor,
y temblando por su tesoro secreto—
aquí puede descansar donde nadie le vea,
esclavo entre las multitudes, libre en los desiertos;
y con el vino prohibido puede manchar
la copa que ningún musulmán debe apurar.—

* * * * *

El tártaro que encabeza la marcha está en el paso,
distinguido por su gorro amarillo,
el resto en alargada fila mientras tanto
serpentea lentamente por el largo desfiladero;
arriba, la montaña levanta un pico
donde los buitres afilan el pico sediento,
y puede que tengan esta noche un festín
que los atraiga antes que amanezca.
Abajo, la corriente invernal de un río
se ha encogido ante el rayo del estío
y ha dejado un cauce yermo y desnudo,
salvo los arbustos que brotan para perecer allí.
A cada lado del camino intermedio yacían
pequeños pedruscos rotos de granito gris,
hendidos por el tiempo o el rayo de la montaña,

desde cimas cubiertas en nieblas del cielo;
pues ¿dónde está quien haya contemplado
el pico de Liakura sin velo?

* * * * *

Llegan al fin al bosque de pinos,
—¡Bismilah¹⁶! el peligro ha pasado ya;
pues allá se ve la llanura abierta,
iy allí espoleamos los caballos a todo galope!—
Así habló el chiauche, y al decirlo
una bala silbó sobre su cabeza;
iel primer tártaro muerde el suelo!
Apenas tuvieron tiempo de frenar
que veloces de sus monturas saltan los jinetes,
mas tres no volverán a montar jamás,
invisibles los enemigos que dieron el golpe,
los moribundos piden venganza en vano.
Con el acero desenvainado y los arcabuces listos,
unos sobre el arnés de su corcel se apoyan,
medio guarecidos por la bestia,
otros huyen tras la roca más próxima
y allí aguardan el choque que se avecina,
sin quedarse mansos para sangrar
bajo los dardos de enemigos invisibles
que no se atreven a abandonar su parapeto pétreo.
El severo Hassan solo, de su caballo,

desdeña apearse y mantiene su camino,
hasta que fogonazos de fuego en la vanguardia
proclaman con demasiada certeza que el clan de bandidos
ha asegurado bien el único paso
que podría liberar al prometido botín;
entonces se le rizó hasta la barba¹⁷ de ira,
y su ojo brilló con fuego más feroz.

—Aunque silban las balas por doquier,
he escapado de horas más sangrientas que esta.—

Y ahora el enemigo abandona su escondrijo
y llama a sus vasallos a rendirse;
mas el ceño de Hassan y su palabra furiosa
se temen más que la espada hostil,
y ninguno de los de su pequeña banda
entregó arcabuz ni ataghán.

En plena vista, cada vez más cerca,
aparecen los enemigos antes emboscados,
y saliendo del bosque avanzan,
algunos sobre briosos corceles de batalla.—

¿Quién los conduce con espada extranjera
que destella a lo lejos en su diestra ensangrentada?

—Ese es—ese es—ahora lo reconozco,
lo reconozco por su frente lívida;
lo reconozco por el ojo maligno¹⁸
que favorece su traición envidiosa;

lo reconozco por su corcel negro como el azabache,
aunque ahora revestido de ropas arnautas,
apóstata de su propia fe vil,
que no lo salvará de la muerte;
¡ese es, bien encontrado en cualquier hora,
amor perdido de Leila—maldito Giaour!—

* * * * *

Con el sable astillado hasta la empuñadura,
pero aún chorreando la sangre derramada;
aún aprisionado en la mano cercenada
que tiembla en torno al acero traicionero;
su turbante rodando lejos a su espalda
y hendido en dos en su doblez más firme;
su fluido manto rasgado por la espada,
y carmesí como esas nubes del alba
que, surcadas de rojo oscuro, presagian
que el día tendrá un fin tormentoso;
una mancha en cada zarza que llevaba
un jirón de su palampore¹⁹,
su corazón traspasado por heridas sin número,
la espalda en tierra, el rostro hacia el cielo,
Hassan caído yace—su ojo sin cerrar
aún fulminando sobre su enemigo,
como si la hora que selló su destino,
sobreviviéndole, hubiera dejado su odio inextinguible;

y sobre él se inclina ese enemigo con el ceño
tan oscuro como el del que yace ensangrentado abajo.—

* * * * *

—Sí, Leila duerme bajo las olas,
mas su sepulcro será más rojo;
su espíritu guió bien el acero
que enseñó a sentir a ese corazón de felón.
Invocó al Profeta, pero su poder
fue vano contra el Giaour vengativo:
invocó a Alá—mas la palabra
surgió desatendida o sin oídos.
¡Paynim insensato! ¿podría la plegaria de Leila
ser desestimada y la tuya atendida?
Vigilé mi momento, me alié con estos
para atrapar al traidor a su vez;
mi ira está saciada, la obra está hecha,
y ahora me voy—mas me voy solo.—

* * * * *

Un turbante²⁰ tallado en la piedra más tosca,
un pilar cubierto de malas hierbas,
donde apenas puede ya leerse
el versículo del Corán que llora al muerto;
señala el lugar donde Hassan cayó
víctima en aquel solitario valle.
Allí duerme un osmanlie tan auténtico

como el que ante La Meca dobló la rodilla;
como el que jamás probó el vino prohibido,
ni rezó con el rostro hacia el santuario,
en oraciones reanudadas de nuevo
al solemne son de «¡Alá Hu!»²¹

Y sin embargo murió a manos de un extraño,
y extraño en su propia tierra natal—
y sin embargo murió como se había alzado en armas,
y sin vengar, al menos en sangre.

Mas las doncellas del Paraíso
impacientes lo invitan a sus moradas,
y el oscuro Cielo de los ojos de hurí
brillará sobre él con luz eterna;
vienen—sus pañuelos verdes agitan²²,
y dan la bienvenida con un beso al valiente!
El que cae en batalla contra un Giaour
es el más digno de una morada inmortal.

* * * * *

Mas tú, falso Infiel, te retorcerás
bajo la guadaña vengadora de Monkir²³;
y de su tormento escaparás solo
para vagar en torno al trono del perdido Eblis²⁴;
y el fuego inquebrantable, inextinguible—
alrededor—dentro—en tu corazón morará,
ni oído puede escuchar ni lengua decir

los tormentos de ese infierno interior.—
Mas primero, enviado a la tierra como Vampiro²⁵,
tu cadáver será arrancado de su tumba;
luego espantoso acechará tu tierra natal,
y chupará la sangre de toda tu estirpe,
allí a tu hija, hermana, esposa,
a medianoche apurará el río de vida;
y sin embargo aborrecerás el festín que a la fuerza
ha de alimentar tu lívido cadáver vivo;
tus víctimas antes de expirar
reconocerán al demonio como su padre,
pues maldiciéndote tú mientras ellas te maldicen,
tus flores se marchitan en el tallo.
Pero una que debe caer por tu crimen—
la más joven—la más querida de todas—
te bendecirá con el nombre de padre—
esa palabra envolverá tu corazón en llama!
Y sin embargo deberás terminar tu tarea, y contemplar
la última palidez de su mejilla, el último destello de su ojo,
y la última mirada vidriosa habrás de ver
que se hiela sobre su azul sin vida;
luego con mano profana arrancarás
las trenzas de su cabello amarillo,
del que en vida un mechón cortado
era llevado como la prenda más tierna del afecto;

mas ahora es arrebatado por ti,
imemorial de tu agonía!
Mojado con tu propia mejor sangre chorreará
tu diente rechinante y tu labio macilento;
luego arrastrándote hacia tu hosca tumba—
ivete—y con ghules y áfrits delira;
hasta que estos, horrorizados, se aparten
del espectro más maldito que ellos mismos!

* * * * *

—¿Cómo llamáis a ese solitario caloyer?
Sus facciones las he examinado antes
en mi propia tierra—han pasado muchos años
desde que, cruzando veloz la orilla solitaria,
lo vi agujiar un corcel tan ligero
como el que nunca sirvió mejor a un jinete.
Lo vi una sola vez—pero entonces
estaba tan marcado por el dolor interior
que no pude dejar de mirarlo;
respira el mismo espíritu oscuro ahora,
como si la muerte estuviera impresa en su frente.
—Hace ya dos veces tres años en verano
desde que por primera vez llegó entre nuestros hermanos;
y aquí se aplaca su ánimo en morar
por alguna oscura acción que no nombraré.
Mas nunca en nuestro rezo de vísperas,

ni jamás ante la silla del confesionario
se arrodilla, ni le importa cuando se elevan
el incienso o el himno hacia los cielos,
sino que medita a solas en su celda,
su fe y su raza igualmente desconocidas.
Del mar de la tierra paynim lo cruzó,
y desde la costa aquí ascendió,
y sin embargo no parece de raza otomana,
sino cristiano solo en su semblante:
lo juzgaría un renegado extraviado,
arrepentido del cambio que hizo,
salvo que esquiva nuestro sagrado santuario,
ni toca el pan ni el vino sagrado.
Grandes dones trajo a estos muros
y así ganó el favor de nuestro abad;
mas si yo fuera Prior, ni un día
consentiría la estancia ulterior de tal extraño,
o encerrado en nuestra celda de penitencia
lo condenaría a permanecer en ella para siempre.
Mucho en sus visiones murmura
de una doncella sumergida bajo el mar;
de sables que chocan—enemigos que huyen,
agravios vengados—y musulmanes que mueren.
Se lo ha visto plantado en el acantilado
y delirar ante alguna mano ensangrentada

recién cercenada de su miembro,
invisible para todos menos para él,
que le hace señas hacia su tumba
y lo atrae a saltar a las olas.—

* * * * *

Los corazones más blandos propenden a amar,
mas semejante afecto nunca puede ser pleno;
demasiado tímidos en sus pesares para compartirlos,
demasiado mansos para afrontar o arrostrar la desesperación;
y solo los corazones más duros pueden sentir
la herida que el tiempo nunca sana.

El metal áspero de la mina
debe arder antes de que brille su superficie,
pero sumergido en la llama del horno
se dobla y se funde—aunque sigue siendo el mismo;
luego templado a tu necesidad o voluntad
te servirá para defender o matar;
peto para tu hora de apuro,
o hoja para hacer sangrar a tu enemigo;
mas si toma la forma de un puñal,
¡que se cuiden quienes moldean su filo!
Así el fuego de la pasión y el arte de la mujer
pueden torcer y domar el corazón más duro;
de ellos toma su forma y su temple,
y lo que hagan de él, así ha de quedar,

pero se rompe—antes de doblarse de nuevo.

* * * * *

Si la soledad sucede al dolor,
la liberación del sufrimiento es escaso alivio;
el desierto del pecho vacío
podría agradecer el dolor que lo redujo.
Detestamos lo que no queda nadie para compartir—
hasta la dicha—sería una pena soportarla solo;
el corazón así desolado
ha de huir al fin para encontrar sosiego—en el odio.
Es como si los muertos pudieran sentir
el gusano helado que los rodea al arrastrarse,
y se estremecieran cuando los reptiles se acercan
a regodearse sobre su sueño en putrefacción,
sin poder espantar
a los fríos devoradores de su arcilla.
Es como si el ave del desierto²⁷,
cuyo pico abre el caudal de su pecho
para callar el grito de sus polluelos hambrientos,
sin llorar una vida transferida a ellos;
desgarra su pecho temerario y consagrado,
y los encuentra volados de su nido vacío.
Los dolores más acerbos que los desventurados conocen
son éxtasis comparados con el árido vacío—
el desierto sin hojas de la mente—

el yermo de sentimientos sin empleo—
¿Quién querría estar condenado a contemplar
un cielo sin nube ni sol?
Menos horroroso de lejos el rugido de la tempestad
que no afrontar jamás más las olas—
arrojado, cuando cesa la guerra de los vientos,
un pecio solitario en la orilla de la fortuna,
en medio de la calma hosca y la bahía silenciosa,
consumirse sin ser visto en lento declive;—
¡mejor hundirse bajo el choque
que desmoronarse pieza a pieza sobre la roca!

* * * * *

—¡Padre! tus días han transcurrido en paz,
entre cuentas contadas e interminables plegarias;
lograr que cesen los pecados ajenos,
tú mismo sin culpa ni cuita,
salvo los males pasajeros que todos deben soportar,
ha sido tu suerte desde la juventud a la vejez,
y te bendecirás por librarte de la furia
de pasiones feroces e incontroladas,
tales como las que tus penitentes revelan,
cuyos secretos pecados y dolores reposan
dentro de tu pecho puro y compasivo.
Mis días, aunque pocos, han transcurrido abajo
en mucha alegría, mas en mayor pesadumbre;

y sin embargo en horas de amor o contienda
me he librado del tedio de la vida;
ya aliado con amigos, ya rodeado de enemigos,
aborrecí el languidecimiento del reposo;
ahora nada queda que amar u odiar,
sin esperanza ni orgullo ya exaltado;
preferiría ser la criatura que se arrastra
más nociva por los muros de un calabozo,
que pasar mis monótonos y uniformes días
condenado a meditar y contemplar;
y sin embargo acecha en mi pecho un deseo
de reposo—mas no de sentir que es reposo—
pronto mi destino cumplirá ese deseo;
y dormiré sin el sueño
de lo que fui y aún querría ser,
aunque la Esperanza hace mucho retiró su luz.

* * * * *

—La amé, fraile, nay, la adoré—
mas estas son palabras que todos pueden usar;
lo demostré más en obra que en palabra—
hay sangre sobre esa espada abollada—
una mancha que su acero nunca perderá:
fue derramada por ella, que murió por mí;
calentó el corazón de uno aborrecido:
no te asustes—no—ni dobles la rodilla,

ni entre mis pecados tal acto anotes;
me absolverás de la acción,
¡pues él era enemigo de tu credo!
El mero nombre de nazareno
era como acíbar para su rabia paynim,
¡ingrato insensato! pues si no fuera por las armas
bien manejadas en algunas manos osadas,
y las heridas dadas por galileos,
el paso más seguro al cielo turco,
sus huríes podrían aún aguardarlo
impacientes en la puerta del profeta.
La amé—el amor encontrará su camino
por sendas donde los lobos temerían acechar,
y si es bastante audaz, sería duro
que la pasión no encontrase algún galardón—
no importa cómo—ni dónde—ni por qué—
no busqué ni suspiré en vano:
y sin embargo a veces con vano remordimiento
desearía que ella no hubiese vuelto a amar.
Murió—no me atrevo a decirte cómo,
¡mas mira—está escrito en mi frente!
Lee allí la maldición y el crimen de Caín,
en caracteres no borrados por el tiempo:
aún antes de que me condenes—reflexiona—
no fue mía la acción, aunque mía la causa;

y sin embargo él no hizo sino lo que yo habría hecho
si ella hubiera sido infiel a más de uno;
infel a él—él asestó el golpe,
mas fiel a mí—yo lo abatí;
por merecido que fuera su destino,
su traición fue lealtad para mí;
a mí me dio su corazón, lo único
que la tiranía nunca puede subyugar;
y yo, ¡ay! demasiado tarde para salvarla,
y sin embargo di cuanto entonces pude—
fue algún alivio—una tumba para nuestro enemigo.
Su muerte pesa poco; mas su sino
me ha hecho—lo que bien puedes aborrecer.
Su destino estaba sellado—él lo sabía bien,
advertido por la voz del severo Taheer,
en cuyo oído fatídico y oscuro²⁸
resonó el disparo mortal del asesinato cercano—
icundo la tropa se ordenó hacia donde cayeron!

* * * * *

—Los fríos de clima son fríos de sangre,
su amor apenas merece el nombre;
mas el mío era como la inundación de lava
que hierve en el pecho ardiente del Etna,
no puedo farfullar en lánguidas estrofas
de amor de dama y cadenas de hermosura;

si la mejilla que cambia de color—y la vena ardiente—
los labios aprendidos a retorcerse—mas no a quejarse—
si el corazón que estalla—y el cerebro enloquecido—
y el acto osado—y el acero vengativo—
y todo lo que he sentido—y siento—
presagian amor—ese amor fue el mío,
y mostrado por muchas amargas señales.

Es cierto, no podía gimotear ni suspirar,
solo sabía obtener o morir.

Muero—mas primero he poseído,
y venga lo que venga, he sido dichoso;
incluso ahora solo, mas sin abatimiento,
(no conozco amigo, ni pido auxilio,)
mas por el pensamiento de Leila muerta,
dadme el placer con el dolor,
así viviría y amaría de nuevo.

Me duelo, mas no, imi guía sagrado!
por el que muere, sino por la que murió;
ella duerme bajo la ola errante,
¡ay! si al menos tuviera una tumba terrenal,
este corazón que se rompe y esta frente que palpita
buscarían y compartirían su estrecho lecho.

* * * * *

—No me hables más del destello de la fantasía,
no, padre, no, no era un sueño;

¡ay! el soñador ha de dormir primero,
yo solo velaba y deseaba llorar,
mas no podía, pues mi ardiente frente
palpitaba hasta el cerebro mismo como ahora.
Deseaba solo una sola lágrima,
como algo bienvenido, nuevo y querido;
lo deseé entonces—lo deseo aún,
la desesperación es más fuerte que mi voluntad.
No gastes tu oración—la desesperación
es más poderosa que tu piadoso ruego;
no quisiera, aunque pudiera, ser dichoso,
no quiero paraíso—sino descanso.
Fue entonces, te digo, padre, fue entonces
cuando la vi—sí—volvía a vivir;
y resplandeciente en su blanco cendal²⁹,
como a través de esa pálida nube gris—la estrella
que ahora contemplo como la contemplé a ella
que era y parece mucho más bella;
vagamente veo su temblorosa luz—
la noche de mañana será más oscura—
y yo—antes de que sus rayos aparezcan,
esa cosa sin vida que los vivos temen.
Divago, padre, pues mi alma
se encamina hacia la meta final;
la vi, fraile, y me levanté,

olvidado de nuestros pesares pasados;
y arrojándome de mi lecho me abalancé
y la estreché contra mi desesperado corazón;
la estrecho—¿qué es lo que estrecho?
ninguna forma que respira entre mis brazos,
ningún corazón que lata respondiendo al mío,
y sin embargo, ¡Leila! la forma es la tuya.
¿Y estás tú, querida, tan cambiada
que me alcanzas los ojos y burlas mi tacto?
¡Ay! aunque tus encantos fueran tan fríos,
no me importa—con tal de que mis brazos estrechen
todo cuanto jamás anhelaron tener.
¡Ay! en torno a una sombra apretados,
se encogen sobre mi solitario pecho;
y sin embargo—aún está ahí—en silencio se yergue
y hace señas con manos suplicantes.
Con trenzado cabello y ojo negro y brillante—
sabía que era falso—¡ella no podía morir!
Mas él está muerto—en el valle
lo vi enterrado donde cayó;
él no viene—pues no puede liberarse
de la tierra—¿por qué estás tú entonces despierta?
Me dijeron que las olas salvajes rodaban sobre
el rostro que contemplo, la forma que amo;
me lo dijeron—¡era un cuento horroroso!

Lo contaría—mas mi lengua faltaría—
Si es cierto—y desde tu caverna oceánica
vienes a reclamar una tumba más serena;
¡oh! pasa tus húmedos dedos sobre
esta frente que entonces no arderá más;
o ponlos sobre mi desesperado corazón—
mas, ¡forma o sombra! seas lo que seas,
¡en gracia, no te vayas nunca más—
o lleva mi alma contigo más lejos
de lo que pueden alcanzar los vientos—o rodar las aguas!—

* * * * *

—Tal es mi nombre y tal mi historia,
confesor, a tu oído secreto
exhalo los pesares que deploro,
y agradezco la generosa lágrima
que este ojo que se apaga nunca pudo derramar.
Tiéndeme luego entre los más humildes muertos,
y que salvo la cruz sobre mi cabeza,
ningún nombre ni emblema sea colocado
para ser leído por el curioso extranjero
ni para detener el paso del peregrino que pasa.—
Pasó—y de su nombre y raza
no dejó señal ni rastro,
salvo lo que el padre no debe decir
que lo confesó en su día de agonía;

este cuento quebrado fue todo lo que supimos
de ella a quien amó o de él a quien mató.

* * * * *

La circunstancia a la que se refiere la historia de arriba no era muy inusual en Turquía. Hace algunos años, la esposa de Muchtar Pachá se quejó a su suegro de la supuesta infidelidad de su hijo; este preguntó con quién, y ella tuvo la barbarie de entregarle una lista de las doce mujeres más hermosas de Yanina. Fueron aprehendidas, metidas en sacos y arrojadas al lago aquella misma noche. Uno de los guardias presentes me informó de que ni una sola de las víctimas lanzó un grito ni mostró señal de terror ante tan súbito «zarpazo de todo lo que conocemos, de todo lo que amamos». El destino de Frosine, la más bella de este sacrificio, es el tema de muchas coplas romeas y arnautas. La historia del texto la cuenta un joven veneciano de hace muchos años, y hoy casi olvidada. La escuché por azar recitada por uno de los narradores de los cafetines que abundan en el Levante y que cantan o recitan sus relatos. Las adiciones e interpolaciones del traductor se distinguirán fácilmente del resto por la ausencia de imágenes orientales; y lamento que mi memoria haya conservado tan pocos fragmentos del original.

NOTAS DEL AUTOR

[1] Una tumba sobre las rocas del promontorio, que algunos suponen el sepulcro de Temístocles.

[2] Infiel.

[3] El viento del desierto, funesto para todo ser vivo, y al que a menudo se alude en la poesía oriental.

[4] El ataghán, un puñal largo que se lleva con pistolas en el cinto, en una vaina metálica, generalmente de plata; y entre los más acaudalados, dorada o de oro.

[5] El verde es el color privilegiado de los numerosos supuestos descendientes del profeta; con ellos, como aquí, la fe (la herencia familiar) se supone que suple la necesidad de las buenas obras; son lo peor de una estirpe muy mediocre.

[6] ¡Salam aleikoum! ¡aleikoum salam! La paz sea contigo; contigo sea la paz—la salutación reservada para los fieles.

[7] La mariposa de alas azules de Cachemira, la más rara y bella de su especie.

[8] Aludiendo al suicidio dudoso del escorpión, colocado así a modo de experimento por amables filósofos.

[9] El cañón al atardecer cierra el Ramadán; y la iluminación de las mezquitas y los disparos de cañón durante la noche anuncian el Bairam; dura tres días.

[10] Fíngari, la luna.

[11] El célebre rubí fabuloso del sultán Giamschid, el embellecedor de Istakhar; por su esplendor, llamado Schebgerag, «la antorcha de la noche».

[12] Al-Sirat, el puente de anchura menor que el hilo de una araña famélica, sobre el que los musulmanes deben patinar para entrar en el Paraíso.

[13] Un error vulgar; el Corán asigna al menos un tercio del Paraíso a las mujeres de buena conducta.

[14] Un símil oriental que acaso, aunque francamente robado, pueda ser juzgado plus Arabe qu'en Arabie.

[15] Hiacintino, en árabe «Sunbul»; pensamiento tan común entre los poetas orientales como lo fue entre los griegos.

[16] Bismilah—«En el nombre de Dios»; el comienzo de todos los capítulos del Corán menos uno.

[17] Un fenómeno no infrecuente en un musulmán airado.

[18] El «mal de ojo», superstición común en el Levante.

[19] Los chales floridos de Cachemira, generalmente usados por personas de rango.

[20] El turbante—el pilar—y el versículo inscrito decoran las tumbas de los osmaníes.

[21] «¡Alá Hu!» las palabras que cierran el llamado a la oración del almuédano desde el minarete.

[22] Lo siguiente es parte de una canción de guerra turca: «Veo—veo una doncella de ojos oscuros del Paraíso, y agita un pañuelo verde; y grita en voz alta: iven, dame un beso, pues te amo!»

[23] Monkir y Nekir son los inquisidores de los muertos, ante quienes el cadáver pasa por un breve noviciado preparatorio.

[24] Eblis, el Príncipe de las Tinieblas oriental.

[25] La superstición del Vampiro está aún generalizada en el Levante.

[26] La frescura del rostro y la humedad del labio con sangre son los signos infalibles de un Vampiro.

[27] El pelícano es, creo, el ave así calumniada por la imputación de alimentar a sus polluelos con su propia sangre.

[28] Esta superstición de una segunda audición cayó una vez bajo mi propia observación, en mi tercer viaje al Cabo Colona a principios de 1811, con Dervish Tahiri.

[29] «Symar»: sudario.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB